

LA PESTE
Albert Camus, 1947
Trad.: Rosa Chacel
Ed. Seix Barral, 1983

Escrita durante la ocupación alemana de Francia. Camus la consideraba una obra «totalmente fallida: He pecado de ambición y este fracaso me resulta penoso», confesaba a su amigo Louis Guilloux antes de su publicación. En agosto de 1946, Camus escribía a Nicola Chiaromonte: «Acabo de terminar *La peste*, pero estoy tan lejos de encontrar bueno este libro que dudo si dejar publicarlo». *La peste* se publicó en 1947. El escritor Pierre Assouline argumenta que «la novela no tiene nada que ver con la peste. Es una alegoría del nazismo». En palabras de Javier Cercas, «el principal problema tiene que ver con el hecho de que la peste funciona como una metáfora demasiado evidente de la ocupación nazi de Francia, lo que transforma por momentos la novela en una especie de alegoría y la dota de un aire didáctico o moralizante, de aquello que Onetti llamaba *la maldita buena intención*». Vargas Llosa la considera como «la peor novela de Camus» y la califica como «ese libro mediocre». Marc Bassets, El País 4 abril 2020

El relato podría basarse en la epidemia de cólera que sufrió Orán en 1849. El autor los sitúa en dicha ciudad, entre abril de 194... y febrero del año siguiente.

RELATO ABREVIADO

El cronista sabe lo lamentable que es no poder relatar nada espectacular, ningún héroe reconfortante o alguna acción deslumbrante. Por no traicionar nada y sobre todo por no traicionarse a sí mismo, el cronista ha tendido a la objetividad. No ha querido modificar casi nada al servicio del arte, excepto en lo que concierne a las necesidades elementales de un relato coherente (139).

I

Los curiosos acontecimientos que constituyen el tema de esta crónica se produjeron en 194..., en Orán. [Orán es] una ciudad sin palomas, sin árboles y sin jardines, donde no se escucha ni batir de alas ni susurro de hojas. El cambio de las estaciones solo se puede leer en el cielo [...] Nuestros conciudadanos trabajan mucho, pero siempre para enriquecerse. Se interesan principalmente por el comercio. Naturalmente, también les gustan las alegrías simples, aman las mujeres, el cine y los baños de mar [...] Los deseos de los más jóvenes son violentos y breves, mientras que los vicios de los mayores no pasan de las asociaciones de aficionados a los bolos, los banquetes de amigos y los círculos donde se juega fuerte al azar de las cartas [...] Los hombres y las mujeres o bien se devoran rápidamente en eso que se llama el acto de amor o bien se someten a una larga rutina de pareja. En Orán, a falta de tiempo y de reflexión, se ve uno obligado a amar sin saberlo (7).

La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con una rata muerta en el rellano de la escalera (10). En los días siguientes la situación se agravó, Se las encontraba en los salones administrativos, en los patios de las escuelas, en las terrazas

de los cafés (16) [Ilegándose a contar por miles de muertes diarias.] Hasta ese momento nadie se había quejado más que como un accidente un poco repugnante. Ahora ya se daban cuenta de que ese fenómeno, cuya amplitud no se podía precisar, cuyo origen no se podía descubrir, empezaba a ser amenazador (16). [Antes de acabar el mes, las ratas desaparecieron pero las sucedieron los casos de enfermos con fiebre alta, vómitos rojos y ganglios en cuello e ingles (21).] La mayor parte de las veces el enfermo moría en medio de un olor espantoso (31).]

[Rieux recibe la visita de Castel, un colega que exige llamar a las cosas por su nombre:] La palabra «peste» acababa de ser pronunciada por primera vez. Ha habido en el mundo tantas pestes como guerras y sin embargo, pestes y guerras cogen a las gentes siempre desprevenidas (32). [Rieux] se acordaba de haber leído que la peste respetaba las constituciones débiles y destruía las vigorosas (37).

[A petición de Rieux se convoca una comisión sanitaria a fin de adoptar] medidas profilácticas rigurosas. [Las autoridades son reacias a encarar la situación.] Las medidas parecían haber sacrificado mucho al deseo de no inquietar a la opinión pública (43). Si la epidemia no se detenía por sí misma, era seguro que no sería vencida por las medidas que la administración había imaginado (50). El día que el número de muertos alcanzó la treintena el parte oficial decía: «Declaren el estado de peste. Cierren la ciudad» (52).

II

Se puede decir que esta inversión brutal de la enfermedad tuvo como primer efecto el obligar a nuestros conciudadanos a obrar como si no tuvieran sentimientos individuales (53). Una nueva disposición prohibió toda correspondencia para evitar que las cartas pudieran ser vehículos de infección. Las comunicaciones telefónicas interurbanas fueron totalmente suspendidas (54). Así, pues, lo primero que la peste trajo a nuestros conciudadanos fue el exilio. Pues era ciertamente un sentimiento de exilio aquel vacío que llevábamos dentro de nosotros (56). Aceptábamos nuestra condición de prisioneros, quedábamos reducidos a nuestro pasado (57). El sentimiento profundo que experimentábamos era el de todos los prisioneros y el de todos los exiliados, el sufrimiento de vivir en un recuerdo inútil (58).

La primera reacción fue criticar a la organización: «¿No se podría tender a un atenuamiento de las medidas adoptadas?». Durante la tercera semana la peste había hecho trescientas dos muertes (61). [Pero] la ciudad tenía doscientos mil habitantes y se ignoraba si esta proporción de defunciones era normal. [Además,] quizá no todos habían muerto de la peste (62).

[A Rieux] las visitas se le iban haciendo insoportables. Diagnosticar la fiebre epidémica significaba hacer aislar al enfermo. Entonces empezaba la dificultad, pues la familia sabía que no volvería a verle más que curado o muerto (70). Entonces empezaban las luchas, las lágrimas, [las] escenas de locura. Los familiares cerraban la puerta prefiriendo quedarse con la peste a una separación de la que no conocían el final. Gritos, órdenes, intervenciones de la policía y hasta de la fuerza armada. El enfermo era tomado por asalto. Todas las tardes había madres que se agarraban a los brazos de Rieux. [Rieux era] consciente de la indiferencia que empezaba a invadirle (71). Uno se cansa de la piedad cuando la piedad es inútil (72).

[En aquel tiempo, Rieux era responsable de tres hospitales y cada día llegaba a casa a las dos de la madrugada.]

El final del primer mes de peste fue ensombrecido por un recrudecimiento marcado de la epidemia y por un sermón del padre Paneloux, jesuita defensor caluroso de un cristianismo exigente (72) [que decidió] luchar contra la peste por sus propios medios, organizando una semana de plegarias colectivas que debían terminar el domingo con una misa solemne bajo

la advocación de San Roque, el santo pestífero. La semana fue seguida por un público numeroso. Esto no quiere decir que los habitantes de Orán fuesen particularmente piadosos. Pero, estando la ciudad cerrada y [los baños de mar prohibidos...] La mayor parte de los que siguieron la semana de rogativas mantenía esta posición: «De todos modos, eso no puede hacer daño» (73).

[Paneloux desde el púlpito:] «Hermanos míos, habéis caído en desgracia; hermanos míos, lo habéis merecido (...) Desde el principio de toda historia el azote de Dios pone a sus pies a los orgullosos y a los ciegos. Meditad en esto y caed de rodillas. Los justos no temerán nada, pero los malos tienen razón en temblar» (74/75). Fuese o no coincidencia, a partir de aquel domingo hubo en la ciudad una especie de pánico harto general y harto profundo como para poder suponer que nuestros conciudadanos empezaban verdaderamente a tener conciencia de su situación (79).

Estábamos a fines del mes de junio. El verano estalló, de golpe, en el cielo y sobre las casas. Como aquellos calores coincidieron con un aumento vertical del número de víctimas que alcanzó a cerca de setecientos por semana, una especie de abatimiento se apoderó de la ciudad. De algunas casas salían gemidos. Al principio se veía a los curiosos detenerse a escuchar. Pero después de tan continuada alarma parecía que el corazón de todos se hubiese endurecido, y pasaban de aquellos lamentos como si fuesen el lenguaje natural de los hombres (87).

El sol incesante no invitaba como antes a las fiestas del agua y de la carne. El sol de la peste hacía huir toda dicha (88). Las pastillas de menta habían desaparecido de las farmacias porque mucha gente la llevaba en la boca para precaverse contra un contagio eventual (89).

A pesar de la crisis del papel se ha fundado un periódico nuevo: el «Correo de la Epidemia», que se impone como misión «informar de los progresos o retrocesos de la epidemia; aportar los testimonios más autorizados...; prestar apoyo a todos los que estén dispuestos a luchar contra la plaga...». En realidad, este periódico se ha limitado a publicar anuncios de nuevos productos infalibles para prevenir la peste (93).

Todos los días, de once a dos, hay un desfile de jóvenes de ambos sexos en los que se puede observar la pasión por la vida que crece en el seno de las grandes desgracias. Si la epidemia se extiende, la moral se ensanchará también (94). Todos se precipitan hacia algo que les parece más urgente que Dios. Cuando creían que era una enfermedad como las otras, la religión ocupaba su lugar. Pero cuando han visto que era cosa seria, se han acordado del placer. Toda la angustia que se refleja durante el día en los rostros, se resuelve en el crepúsculo en una excitación rabiosa, una libertad torpe que enfebrecer a todo un pueblo (95). Volveremos a ver las saturnales de Milán al borde de las tumbas (94).

Desde la víspera había en la ciudad dos casos de una nueva forma de epidemia que se contagiaba de boca a boca (96).

[Tarrow a Rieux:] —¿Por qué actúa usted con tal dedicación si no cree en Dios?

El doctor dijo que si él creyese en un Dios todopoderoso no se ocuparía de curar a los hombres y le dejaría a Dios ese cuidado (98).

[Tarrow organiza unos equipos sanitarios formados por voluntarios y trabaja en la asistencia preventiva en los barrios excesivamente poblados (102/...).

[Rambert, un periodista, prepara su fuga para reunirse con la mujer que ama (109/115).]

[Paneloux se incorpora a los equipos sanitarios:] «—Me alegra ver que es mejor que su sermón, dijo el doctor. —Todo el mundo es así, dijo Tarrow. Solo hay que darles la ocasión» (117).

[Rambert se adhiere a los equipos sanitarios (.../128).]

A mediados del mes de agosto la peste lo había envuelto todo. Ya no había destinos individuales, sino una historia colectiva, que era la peste, y sentimientos compartidos por todo el mundo (129). Hasta ahora, la peste había hecho muchas víctimas en los barrios extremos, más poblados y menos confortables. Pero, de pronto, pareció aproximarse e instalarse en los barrios de los grandes negocios. En esta época hubo también un recrudecimiento de los incendios. Se trataba de algunas gentes que, al volver de hacer la cuarentena, enloquecidas por el duelo y la desgracia, prendían fuego a sus casas haciéndose la ilusión de que mataban a la peste. Fue necesario dictar castigos muy severos contra estos incendiarios inocentes (130).

Por razones evidentes, la peste se encarnizaba más con todos los que vivían en grupos: soldados, religiosos o presos. En nuestra cárcel municipal pagaron su tributo a la enfermedad los guardianes tanto como los presos. Las jerarquías concibieron la idea de condecorar a los guardianes muertos con la medalla de la epidemia, [pero] en tiempo de epidemia era trivial obtener una condecoración. Todo el mundo quedó descontento (131).

Las puertas de la ciudad fueron asaltadas por la noche varias veces por pequeños grupos armados. Hubo tiroteos, heridos y alguna evasión. Algunas casas cerradas por razones sanitarias fueron saqueadas. La mayor parte de las veces, una ocasión súbita llevaba a personas, hasta entonces honorables, a cometer acciones a veces reprensibles que fueron pronto imitadas. Había insensatos que se precipitaban en una casa en llamas, ante el propietario idiotizado por el dolor, y en la calle oscura se veía huir sombras deformadas por las llamas y por los objetos que llevaban auestas. Estos incendios obligaron a las autoridades a convertir el estado de peste en estado de sitio. Se fusiló a dos ladrones. Con la institución del toque de queda, a partir de las once la ciudad, hundida en la oscuridad más completa, era de piedra (132).

Evidentemente hay que hablar de los entierros, y el cronista pide perdón por ello. No es en absoluto aficionado a este tipo de ceremonias (133). Llegó a suceder que los féretros eran escasos, faltó tela para las mortajas y lugar en el cementerio. El hospital disponía de cinco féretros; una vez llenos, la ambulancia los cargaba. En el cementerio se vaciaban las cajas y los cuerpos eran cargados en angarillas. Los féretros se regaban con una solución antiséptica, se volvían a llevar al hospital y la operación recomenzaba tantas veces como fuera necesario. A las familias se les permitía únicamente que fuesen hasta la puerta del cementerio (135).

[Con el tiempo, hubo que hacer algunos cambios.] Al fondo del cementerio habían cavado dos inmensas fosas, una para los hombres y otra para las mujeres. Más tarde, por la fuerza de los acontecimientos, este último pudor desapareció y se enterraron los unos sobre los otros sin preocuparse de la decencia (135). En el fondo de cada fosa una gruesa capa de cal viva humeaba y hervía. Cuando los viajes de las ambulancias terminaban, los cuerpos de las angarillas se dejaban deslizar hasta el fondo, unos junto a otros, desnudos, se les cubría de cal viva, después con tierra hasta cierta altura, reservándose un espacio para los que habían de llegar (136). Poco más tarde hubo que utilizar el antiguo horno de incineración (137). Se acondicionó el interior de los tranvías quitando los asientos y se llevó la vía en dirección del horno. Durante los últimos días del verano se pudo ver, en el corazón de la noche, pasar extraños convoyes de tranvías sin viajeros bamboleándose sobre el mar. Los habitantes acabaron por saber lo que era y algunos grupos arrojaban flores al paso de los tranvías. [Por si la peste hubiera crecido más] se había previsto arrojar los cadáveres al mar (138).

A principios de octubre Rieux observaba en sus amigos y en él mismo los progresos de una rara indiferencia (144). No tenía muchas ilusiones y el cansancio le quitaba las pocas que le quedaban. Su misión no era curar, sino únicamente diagnosticar. Descubrir, ver, describir, registrar, y después desahuciar, esta era su tarea (146). No, no era socorro lo que distribuía, eran meros informes. A eso no se le podía llamar un oficio de hombre. Pero el efecto más peligroso del agotamiento era el abandono a que se entregaban (147). Llegaron a abandonar las reglas de higiene que tenían prescritas, a olvidar algunas desinfecciones que debían practicar sobre ellos mismos (148).

Aunque el precio de todo subía inconteniblemente, nunca se había malgastado tanto dinero, y aunque a la mayor parte le faltaba lo necesario, nunca se había despilfarrado más (149).

[El día fijado para la fuga de Rambert este decide quedarse.] Sabía que si se iba tendría vergüenza. Esto le molestaría para gozar del amor a su mujer. Rieux dijo con voz firme que eso era estúpido y que no era vergonzoso elegir la felicidad (159).

Hasta los últimos días de octubre no se ensayó el suero de Castel. Este era la última esperanza de Rieux. El niño del juez Othon había caído enfermo. Fue llevado al hospital auxiliar. Al cabo de veinte horas, Rieux consideró su caso desesperado. Por eso tuvo la idea de ensayar en él el suero de Castel. Paneloux dijo sordamente: —Si tiene que morir, así sufrirá más tiempo. [Descripción de la agonía.] (161/165).

[Rieux y Paneloux tienen puntos de vista diferentes:] —No quiero discutir esto con usted. Estamos trabajando juntos por algo que nos une más allá de las blasfemias y de las plegarias. —Si, usted también lucha por la salvación del hombre. —La salvación del hombre es una frase demasiado grande para mí. Yo no voy tan lejos. Es su salud lo que me interesa (167).

El padre pronunció su segundo sermón. Las filas de los asistentes no estaban tan tupidas como en el primero. La mayor parte de las gentes habían abandonado sus deberes religiosos o reemplazaban las prácticas ordinarias por supersticiones. Preferían llevar medallas protectoras o amuletos de San Roque a ir a misa. Se puede poner como ejemplo el uso inmoderado de profecías de algunos magos o de santos de la Iglesia Católica. Nostradamus y Santa Odilia eran consultados a diario y siempre con fruto. Lo que había de común en todas las profecías es que eran tranquilizadoras (168).

Unos días después del sermón, Paneloux sintió crecer su cansancio y su angustia. Una noche, al acostarse, sintió que se desencadenaba en su pulso y en sus sienes la marea de una fiebre que venía incubándose hacía días. Sufría una opresión en el pecho y parecía más congestionado que de costumbre (175). Rieux le reconoció y quedó sorprendido de no encontrar ninguno de los síntomas principales de la peste bubónica o pulmonar (177). Cuando lo encontraron muerto, medio caído fuera de la cama, sus ojos no expresaban nada (178).

La fiesta de Todos los Santos era el día en que se trataba de compensar a los muertos del aislamiento y el olvido en que se los había tenido durante meses. Pero este año nadie quería pensar en los muertos, precisamente porque se pensaba demasiado. Todos los días era el Día de los Muertos (179).

Las dificultades del aprovisionamiento crecían cada vez más. La especulación había empezado a intervenir y solo se conseguía a precios fabulosos los artículos de primera necesidad que faltaban en el mercado ordinario. Los que pasaban hambre pensaban con nostalgia en las ciudades y en los campos vecinos, donde la vida era libre y el pan no era caro. Los periódicos, naturalmente, obedecían la orden de optimismo a toda costa que habían recibido. Leyéndolos, lo que caracterizaba la situación era «el ejemplo conmovedor de la serenidad y la sangre fría» que daba la población, pero para tener una idea de la

serenidad y la sangre fría en cuestión, bastaba con entrar en un lugar de cuarentena o en uno de los campos de aislamiento (181). [Tarrou va a un campo de aislamiento para comunicar a Othon la muerte de su hijo (183).]

[Vida de Tarrou contada por él mismo.] «Mi padre era abogado general. Cuando cumplí los diecisiete años, mi padre me invitó a ir a oírle. Transfigurado por la toga roja, comprendí que estaba pidiendo la muerte de aquel hombre: “Esa cabeza debe caer”. Y llegó a obtener aquella cabeza. Claro que no fue él quien hizo el trabajo. Tenía que asistir a eso que llaman delicadamente los últimos momentos y que habría que llamar el más abyecto de los asesinatos. A partir de ese día empecé a interesarme con horror por la justicia, por las sentencias de muerte, por las ejecuciones (189). He decidido rechazar todo lo que haga morir o justifique que se haga morir. Sé únicamente que hay en este mundo plagas y víctimas y que hay que negarse a estar con las plagas. He oído tantos razonamientos para obligarle a uno a consentir con el asesinato, que he llegado a comprender que todas las desgracias de los hombres provienen de no hablar claro. Así que afirmo que hay plagas y víctimas, y nada más» (193).

Durante el mes de diciembre [la peste] no cesó de avanzar en su marcha paciente e irregular. Las autoridades habían contado con que los días fríos detuvieran su avance, y, sin embargo, pasó sin decaer a través de los primeros rigores de la estación; habría que esperar todavía. Pero a fuerza de esperar se acaba por no esperar nada, y nuestra ciudad entera llegó a vivir sin porvenir (197).

La Navidad de aquel año fue más bien la fiesta del Infierno que la del Evangelio (198). En esta fiesta no había lugar más que para las escasas diversiones solitarias y vergonzosas que algunos privilegiados se procuraban a precio de oro en el fondo de alguna trastienda grasienta. [A los niños] nadie se atrevía a hablarles del Dios de otros tiempos, cargado de ofrendas, antiguo como el dolor humano, pero nuevo como la joven esperanza, esa esperanza que impide a los hombres abandonarse a la muerte y que no es más que obstinación de vivir (198).

[Grand, en su lecho de muerte, pide a Rieux que queme su manuscrito,] unas cincuenta páginas [que] no contenían más que la misma frase, indefinidamente copiada, retocada, enriquecida o empobrecida: «En una hermosa mañana de mayo, una esbelta amazona, montada en una suntuosa alazana, recorría entre flores las avenidas del Bosque». Pero a la mañana siguiente, la fiebre había desaparecido. Rieux no podía comprender esta resurrección (201). [En los días siguientes, los casos de curación se repiten y las ratas vuelven a aparecer en la ciudad (202).]

La peste no se detuvo al otro día, pero se empezó a debilitar más deprisa de lo que razonablemente se hubiese podido esperar. Durante los primeros días de enero, el frío se estabilizó (203). En este aire purificado, la peste, en tres semanas pareció agotarse. La estrategia que se le había opuesto no había cambiado: ayer ineficaz, hoy aparentemente afortunada. Se tenía la impresión de que la enfermedad se había agotado por sí misma (204). La vida en común recomenzó. Los dos conventos de la ciudad empezaron a rehacerse y los militares volvieron a reunirse en los cuarteles ya libres. El veinticinco de enero la prefectura anunció que la epidemia podía considerarse contenida [aunque] por prudencia las puertas de la ciudad seguirían aún cerradas durante dos semanas (206). Para asociarse a la alegría general, el prefecto dio orden de restituir el alumbrado como en el tiempo de la salud (207).

[Tarrou, inquilino en casa de Rieux, cae enfermo (213).] Una vez más, la peste se esmeraba en despistar todas las estrategias dirigidas contra ella, desapareciendo de donde se la creía afincada y apareciendo allí donde no se la esperaba (216). Parecía que la enfermedad, espantada por el frío, las luces y la multitud, se hubiera escapado de las

profundidades de la ciudad y se hubiera refugiado en esta habitación, caldeada, para dar su último asalto al cuerpo inerte de Tarrou (217). Las lágrimas de la impotencia impidieron a Rieux ver cómo Tarrou se volvía bruscamente hacia la pared y con un quejido brusco expiraba (219). El doctor no sabía si al fin Tarrou habría encontrado la paz, pero creía que para él ya no habría paz posible, como no hay armisticio para la madre amputada de su hijo, ni para el hombre que entierra a su amigo (220).

Rieux sentía que su madre lo quería. Pero sabía también que querer a alguien no es gran cosa o, más bien, que el amor no es nunca lo suficientemente fuerte para encontrar su propia expresión. Así, su madre y él se querían siempre en silencio. Y ella llegaría a morir —o él— sin que durante toda su vida hubiera podido avanzar en la confesión de su ternura. Por eso fue por lo que el doctor Rieux a la mañana siguiente recibió con calma la noticia de la muerte de su mujer (220).

Las puertas de la ciudad se abrieron por fin al amanecer de una hermosa mañana de febrero, saludadas por el pueblo, los periódicos, la radio y los comunicados de la prefectura. Se habían organizado grandes festejos para el día y para la noche. Ese día era, para los que gemían por la separación, el día del gran reencuentro (222). Al mediodía, los cañones de los fuertes tronaban sin interrupción. Toda la ciudad se echó a la calle (224). Se bailaba en todas las plazas. Todas las campanas de la ciudad, echadas al vuelo, sonaron durante la tarde. En las iglesias había oficios en acción de gracias y todos los lugares de placer estaban llenos hasta reventar. Todos gritaban o reían (225). Negaban que hubiéramos conocido aquel mundo insensato en el que el asesinato de un hombre era tan cotidiano como el de las moscas, aquel salvajismo bien definido, aquel delirio calculado, aquel olor a muerte que embrutecía a los que no mataba (226).

Esta crónica toca a su fin. Es ya tiempo de que el doctor Bernard Rieux confiese que es su autor. Pero antes de señalar los últimos acontecimientos querría hacer comprender por qué ha tenido empeño en adoptar el tono de un testigo objetivo. Durante todo el tiempo de la peste, estaba bien situado para relatar lo que había visto y oído, pero ha querido hacerlo con la discreción necesaria. En general, se ha esforzado en no relatar más que lo que ha visto. Para ser un testigo fiel tenía que relatar los hechos, los documentos y los humores. Pero lo que él tenía que decir, su espera y todas sus pruebas, eso tenía que callarlo. Decididamente, tenía que hablar por todos. Pero hay uno por el cual no podía hablar. Es justo que esta crónica se termine con él (228).

Cuando salió de las grandes calles ruidosas el doctor fue detenido por un grupo de agentes. «Hay un loco que está disparando contra la gente». En ese momento, Rieux vio venir a Grand, que tampoco sabía lo que ocurría. Le habían impedido pasar diciéndole que los tiros salían de su casa. De uno de los inmuebles de enfrente de la casa partieron dos tiros de revólver. «Es la ventana de Cottard —dijo Grand—. Pero Cottard hace ya días que ha desaparecido». [Un perro pasa por la calle es abatido por el francotirador.] Desde las ventanas de las casas ocupadas por los agentes se desencadenó un tiroteo de ametralladora. Tres agentes atravesaron corriendo la calzada y desaparecieron en el portal de la casa. Se oyeron dos detonaciones dentro de la casa. [Cottard sale detenido por los agentes.] (229).

Del puerto oscuro subieron los primeros cohetes de los festejos oficiales. Cottard, Tarrou, aquellos y aquella que había amado y perdido, todos, muertos o culpables, estaban olvidados. Los hombres eran siempre los mismos. Pero esa era su fuerza y su inocencia y era en eso en lo que, por encima de todo su dolor, Rieux sentía que se unía a ellos. En medio de los gritos, el doctor decidió redactar la narración que aquí termina para decir que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio. Oyendo los gritos de alegría, Rieux tenía presente que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede

permanecer durante decenios dormido y que puede llegar un día en que la peste despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa (234).

Sueltos

«Jean Tarrou parecía ser amigo de todos los placeres normales, sin ser esclavo de ninguno de ellos (22). Se podría creer que Tarrou se las ingeniaba para contemplar las cosas y los seres con los gemelos del revés (23). [Su filosofía de la vida se resumía en este lema:] ¿Qué hacer para no perder el tiempo? Sentirlo en toda su lentitud (24)».

«Rieux es distraído manejando el coche y deja muchas veces las flechas de dirección levantadas, incluso después de haber dado la vuelta (27)». En lugar de luces intermitentes los coches tienen flechas para indicar los cambios de dirección.

Alusión a *El extraño*, de 1942: «Un proceso reciente que había hecho mucho ruido en Argel. Se trataba de un joven empleado que había matado a un árabe en una playa» (46).

Tribulaciones de Grand en busca de «le mot juste» para su libro: «Es necesario que sea perfecto. Noches, semanas enteras sobre una palabra, a veces una simple conjunción. Es fácil escoger entre el *mas* y el *pero*. Ya es más difícil optar entre el *mas* y el *y*. La dificultad aumenta con el *pues* y el *porque*. Pero seguramente lo más difícil que existe es emplear bien el *cuyo* (81)».

Nota del traductor: El párrafo del original francés dice textualmente: "À la rigueur, c'est assez facile de choisir entre *mais* et *et*. C'est déjà plus difficile d'opter entre *et* et *puis*. La difficulté grandit avec *puis* et *ensuite*. Mais assurément ce qu'il y a de plus difficile, c'est de savoir s'il faut mettre *et* ou s'il ne faut pas".

Después de hacer quemar su manuscrito, lo recomienza: «He suprimido todos los adjetivos» (232). Más sobre el tema en 105.

«Seguramente Dios no existe porque si existiese, los curas no serían necesarios» (92).

«Hace cien años una epidemia de peste mató a todos los habitantes de una ciudad de Persia excepto al que lavaba los muertos, que no había dejado de ejercer su profesión» (101).

«El mal que existe en el mundo proviene casi siempre de la ignorancia, y la buena voluntad sin clarividencia puede ocasionar tantos desastres como la maldad. Los hombres son más bien buenos que malos. Solo que ignoran, y el vicio más desesperado es el de la ignorancia. No hay verdadera bondad ni verdadero amor sin toda clarividencia posible» (102).